



Paul Valéry

La joven Parca

**E** LEJANDRIA



Paul Valéry

La joven Parca

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# LA JOVEN PARCA

**PAUL VALÉRY**

**PUBLICADO: 1920**  
**FUENTE: [HTTPS://FR.WIKISOURCE.ORG](https://fr.wikisource.org)**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**  
**EDICIÓN ORIGINAL: PARIS, 1933**

# LA JOVEN PARCA

A ANDRÉ GIDE

*Tras muchos años había abandonado el arte del verso  
intentando someterme a él de nuevo he hecho este ejercicio que  
te dedico*

1917

*¿Formó el cielo este cúmulo de maravillas para morada de una  
serpiente?*

PIERRE CORNEILLE

## LA JOVEN PARCA

¿Quién llora ahí, si no el viento simple, a esta hora  
sola, con diamantes extremos?... ¿Pero quién llora,  
tan cerca de mí misma en el momento de llorar?  
Esta mano, sobre mis rasgos que sueña rozar,  
distráidamente dócil a algún fin profundo,  
aguarda de mi debilidad una lágrima que se funda,  
y que de mis destinos lentamente dividida,  
la más pura en silencio ilumine un alma herida.  
La marejada me murmura una sombra de reproche,  
o retira aquí abajo, en sus gargantas de roche,  
como cosa defraudada y bebida amargamente,  
un rumor de queja y de angustia creciente...  
¿Qué haces, erizada, y esa mano helada,  
y qué estremecimiento de una hoja borrada  
persiste entre vosotras, islas de mi seno desnudo?...  
Centelleo, ligada a este cielo desconocido...  
El inmenso racimo brilla en mi sed de desastres.  
Todopoderosos extraños, inevitables astros

que os dignáis hacer brillar en la lejanía temporal  
no sé qué de puro y de sobrenatural;  
vosotros que en los mortales hundís hasta las lágrimas  
esos soberanos destellos, esas armas invictas,  
y los impulsos de vuestra eternidad,  
estoy sola con vosotros, temblando, habiendo dejado  
mi lecho; y sobre el escollo mordido por la maravilla,  
interrogo a mi corazón qué dolor lo despabila,  
qué crimen consumado por mí misma o sobre mí...  
... ¿O si el mal me sigue de un sueño ya cerrado aquí,  
cuando (al terciopelo del soplo el oro de las lámparas huido)  
rodeé mis sienes con mis brazos espesos, adormecida,  
y aguardé largamente los relámpagos de mi alma?  
¿Toda? Pero toda en mí, dueña de mis carnes,  
endureciendo con un escalofrío su extraña extensión,  
y en mis dulces lazos, a mi sangre en suspensión,  
me veía verme, sinuosa, y doraba  
de mirada en mirada mis bosques, mis honduras bravas.  
Seguía allí a una serpiente que acababa de morderme.  
¡Qué repliegue de deseos, su estela!... ¡Qué desorden  
de tesoros arrancándose a mi avidez,  
y qué oscura sed de la limpidez!  
¡Oh, astucia!... A la luz del dolor abandonada  
me sentí conocida más aún que lastimada...  
En lo más traidor del alma, un punto nace en mí;

el veneno, mi veneno, me ilumina y se conoce así:  
colorea a una virgen enlazada en sí misma,  
celosa... ¿Pero de quién, celosa y en la sima  
de la amenaza? ¿Y qué silencio habla a mi único poseedor?  
¡Dioses! En mi herida pesada una hermana interior  
arde, que se prefiere a la extrema atención.  
¡Ve! Ya no necesito tu raza candorosa,  
querida Serpiente... ¡Me enlazó, ser vertiginoso!  
Cesa de prestarme esa mezcla de nudos  
ni tu fidelidad que me esquivo y adivina mis estudios...  
Mi alma puede bastarse, ornamento de ruina.  
Sabe, extraviando sus tormentos sobre mi sombra inclinada,  
morder de mi seno, en las noches, las rocas encantadas;  
larga y lentamente chupa allí la leche de los sueños...  
Deja pues que desfallezca ese brazo de pequeños  
diamantes que amenaza de amor mi destino espiritual...  
Nada puedes sobre mí que no sea menos cruel,  
menos deseable... Aplaca entonces, calma esas olas,  
retira esos remolinos, esas promesas inmundas...  
Mi sorpresa se abrevia, y mis ojos están abiertos.  
No esperaba menos de mis ricos desiertos  
que tal alumbramiento de furia y de trenza:  
sus fondos apasionados brillan de sequedad intensa  
tan lejos como avanzo y me altero por ver  
de mis infiernos pensativos los confines sin querer...

Lo sé... Mi cansancio es a veces un teatro.  
El espíritu no es tan puro que jamás, idólatra,  
su fougue solitaria a los impulsos de llama  
no haga huir los muros de su lúgubre cámara.  
Todo puede nacer aquí abajo de una espera infinita.  
Hasta la sombra cede a cierta agonía que nos visita,  
el alma avara se entreabre, y del monstruo se emociona,  
el que se retuerce en los pasos de una puerta que abraza...  
Pero, por caprichoso y pronto que parezcas,  
reptil, ¡oh vivos rodeos todos cubiertos de caricias,  
tan cerca la impaciencia y tan pesada la languidez!,  
¿qué eres tú, ante mi noche de eterna lentitud?  
Mirabas dormir mi hermosa negligencia...  
Mas con mis peligros tengo yo inteligencia,  
más versátil, oh Tirso, y más pérfido que ellos.  
¡Huye de mí! Retoma en lo negro el hilo viscoso.  
Ve a buscar ojos cerrados para tus danzas pesadas.  
Desliza hacia otros lechos tus pieles sucesivas,  
incuba en otros corazones los gérmenes de su mal,  
y que en los anillos de tu sueño animal  
jadee hasta el día la inocencia ansiosa...  
Yo, yo velo. Salgo, pálida y prodigiosa,  
toda húmeda de lágrimas que no he derramado,  
de una ausencia cuyos contornos de mortal ha mecido  
ella misma sola... Y rompiendo una tumba serena,

me recuesto inquieta y sin embargo soberana,  
pues tantas de mis visiones en la noche y en el ojo,  
los menores movimientos consultan mi orgullo.»  
¡Pero yo temblaba de perder un dolor divino!  
Besaba en mi mano esa mordedura fina,  
y ya no sabía de mi antiguo cuerpo  
insensible, sino un fuego que ardía en mis bordes:  
\*Adiós\*, pensé, \*YO, hermana mortal, mentira...\*  
Armoniosa YO, distinta de un sueño que se admira,  
mujer flexible y firme en los silencios seguidos  
de actos puros... ¡Frente límpida, y por ondas prendidos,  
tan lejos que el viento vago y veloso los termina  
largos hilos ligeros que en el aire un vuelo acumina!,  
¡decid!... Era la igual y la esposa del día,  
único apoyo sonriente que de amor yo erigía  
a la todopoderosa altitud adorada...  
¡Qué resplandor sobre mis pestañas ciegamente dorada,  
oh párpados que oprime una noche de tesoro,  
rezaba a tientas en vuestras tinieblas de oro!  
Porosa a lo eterno que me parecía envolverme,  
me ofrecía en mi fruto de terciopelo que él devuelve;  
nada me murmuraba que un deseo de morir  
en esa pulpa rubia al sol pudiera madurir:  
mi sabor amargo no me había llegado aún.  
No sacrificaba sino mi hombro desnudo

a la luz; y sobre ese cuello de miel,  
cuyo tierno nacimiento completaba el cielo,  
venía a adormecerse la figura del mundo.  
Luego, en el dios brillante, cautiva vagabunda,  
me ponía en marcha ardiente y pisaba el suelo pleno,  
enlazando y desenlazando mis sombras bajo el lino.  
¡Dichosa! A la altura de tantas hermosas gavillas,  
que dejaba obedecer a mi vestido las umbelíferas sombrillas,  
en los abajamientos de su frágil orgullo,  
y si, contra el hilo de esa libertad de vuelo,  
si el vestido se arranca a la zarza rebelde,  
el arco de mi cuerpo brusco se acusa y me reivindica,  
desnudo bajo el velo henchido de vivos colores  
que disputa mi estirpe a los largos lazos de flores.  
A medias deploro ese poder vano...  
Una con el deseo, fui la obediencia  
inminente, asida a estas rodillas pulidas;  
de movimientos tan prontos estaban mis deseos cumplidos  
que sentía mi causa apenas más ágil que yo.  
Hacia mis sentidos luminosos nadaba mi arcilla rubia,  
y en la ardiente paz de los sueños naturales,  
todos esos pasos infinitos me parecían eternos.  
Si no es, ¡oh Esplendor!, que a mis pies la Enemiga,  
¡mi sombra!, la móvil y flexible momia,  
de mi ausencia pintada rozaba sin esfuerzo

la tierra por donde huía esa leve muerte.  
Entre la rosa y yo, la veo que se refugia;  
sobre el polvo que danza, se desliza y no irrita  
ningún follaje, sino que pasa y se rompe doquiera...  
¡Deslízate! Barca fúnebre...  
Y yo viva, derecha,  
dura, y de mi nada secretamente armada,  
mas, como una mejilla por el amor encendida,  
y la nariz unida al viento del naranjo,  
ya no devuelvo al día sino una mirada extraña...  
¡Oh! cuánto puede crecer en mi noche curiosa  
de mi corazón separada la parte misteriosa,  
y de oscuros ensayos profundizarse mi arte...  
Lejos de los puros alrededores, soy cautiva, y en parte  
por el desvanecimiento de aromas abatida,  
siento bajo los rayos estremecerse mi estatua en la vida,  
de los caprichos del oro su mármol recorrido.  
Pero sé lo que ve mi mirada en lo hundido;  
mi ojo negro es el umbral de mansiones infernales!  
Pienso, abandonando a la brisa las horas ancestrales  
y el alma sin retorno de los arbustos amargos,  
pienso, sobre el borde dorado del universo largos  
pensamientos, en ese gusto de perecer que toma a la Pitonisa  
en quien ruge la esperanza de que el mundo se deshaga.  
Renuevo en mí mis enigmas, mis dioses,

mis pasos interrumpidos por palabras a los cielos,  
mis pausas, sobre el pie que sostiene la ensoñación  
que sigue en el espejo de un ala al ave en rotación,  
cien veces juega con el sol y con la nada,  
y arde, hacia el sombrío fin de mi mármol de boca abierta.

¡Oh peligrosamente presa de su mirada!

Pues el ojo espiritual sobre sus playas de seda  
había visto ya brillar y palidecer demasiados días  
de los que me había predicho los colores y los ritmos.

El tedio, el claro tedio de contemplar sus matices,  
me daba sobre mi vida un funesto adelanto:  
el alba me desvelaba el día entero, enemigo y en llanto.

Estaba a medias muerta; y acaso, a medias  
inmortal, soñando que el mismo futuro  
no fuera sino un diamante que cierra el diadema  
donde se intercambia el frío de los males que nacerán  
entre tantos otros fuegos absolutos de mi frente.

¿Osará, el Tiempo, de mis diversas tumbas,  
resucitar una tarde favorita de las palomas,  
una tarde que arrastra en el hilo de un jirón viajero  
de mi dócil infancia un reflejo de rubor,

y moja en la esmeralda un largo rosa de vergüenza?  
Recuerdo, oh hoguera, cuyo viento de oro me afrenta,  
sopla al rostro el púrpura que impregna el rechazo  
de ser en mí misma en llama otra de la que he sido...

Ven, mi sangre, ven a enrojecer la pálida circunstancia  
que ennoblecía el azul de la santa distancia,  
y el insensible iris del tiempo que adoré.  
Ven a consumir sobre mí ese don descolorido,  
¡ven! que reconozca y que los odie a todos,  
a esa niña huraña, ese silencio cómplice,  
ese turbio transparente que se baña en los bosques...  
Y de mi seno helado vuelva a brotar la voz  
que ignoraba tan ronca y de amor tan velada...  
El cuello encantador buscando a la cazadora alada.  
¿Estuvo mi corazón tan cerca de un corazón que va a flaquear?  
¿Fui de verdad yo, grandes pestañas, quien creyó sepultarse  
en la dulzura trasera que sonreía a vuestras amenazas...  
¡Oh pámpanos! errando por mi mejilla en hilos tenaces,  
o tú... de pestañas tejida y de fustes fluidos,  
tierna luz de un anochecer roto de brazos confundidos?  
\*«¡Que puestos en el cielo, mis ojos tracen mi templo!»\*  
\*¡Y que sobre mí repose un altar sin ejemplo!»\*  
Gritaban con todo mi cuerpo la piedra y la palidez...  
La tierra ya no es para mí sino una venda de color  
que fluye y se niega a la frente blanca de vértigo...  
Todo el universo vacila y tiembla en mi tallo,  
la pensativa corona escapa a mis espíritus,  
la muerte quiere respirar esta rosa sin precio  
cuya dulzura importa a su fin tenebroso.

Si mi tierno aroma marea tu cabeza hueca,  
oh muerte, respira por fin a esta esclava de rey:  
llámame, desátame... ¡Y desespérame,  
de mí misma tan hastiada, imagen condenada!  
Escucha... No aguardes más... El año que renace  
a toda mi sangre predice movimientos secretos:  
el hielo cede a regañadientes sus últimos diamantes...  
Mañana, con un suspiro de las Bondades consteladas,  
la primavera viene a romper las fuentes selladas:  
la asombrosa primavera ríe, viola... ¿De dónde  
ha venido? Pero la candura mana en palabras tan dulces  
que una ternura toma la tierra por sus entrañas...  
Los árboles henchidos de nuevo y cubiertos de escamas,  
cargados de tantos brazos y demasiados horizontes,  
mueven sobre el sol sus lanas truenos y fuentes,  
suben en el aire amargo con todas sus alas  
de hojas por millares que se sienten estrenadas...  
¿No escuchas tú estremecerse esos nombres aéreos,  
oh Sorda!... Y en el espacio agobiado de lazos,  
vibrando de madera viva curvada por la cima,  
para y contra los dioses remar el árbol unánime,  
el bosque flotante cuyos rudos troncos  
llevan piadosamente a sus caprichosas frentes,  
en los desgarradores partos de los archipiélagos soberbios,  
un río tierno, ¡oh muerte!, oculto bajo las hierbas?

¿Cuál resistiría, mortal, a esos remolinos?

¿Cuál mortal?

Yo tan pura, mis rodillas

presentan los terrores de rodillas sin defensa...

El aire me quiebra. El pájaro taladra con gritos de infancia

inauditos...incluso la sombra donde se aprieta mi corazón,

¡y rosas! mi suspiro os levanta, vencedor

¡ay! de los brazos tan dulces que cierran la cesta...

¡Oh! entre mis cabellos pesa con peso de abeja,

hundiéndose siempre más ebrio en el beso más agudo,

el punto delicioso de mi día ambiguo...

¡Luz!... ¡O tú, la muerte! ¡Pero que el más pronto me tome!...

¡Mi corazón late! ¡Mi corazón late! ¡Mi seno arde y me arrastra!

¡Ah! que se hinche, se ensanche y se tense, ese duro

dulcísimo testigo cautivo de mis redes de azul...

Duro en mí... ¡pero tan dulce a la boca infinita!...

Queridos fantasmas nacientes cuya sed está unida a la mía,

¡Deseos! ¡Rostros claros!... Y vosotros, hermosos frutos de amor,

¿me han formado los dioses este contorno maternal

y esos bordes sinuosos, esos pliegues y esos cálices,

para que la vida abrace un altar de delicias,

donde mezclando el alma extraña a los eternos retornos,

la semilla, la leche, la sangre fluyen sin término?

¡No! El horror me ilumina, ¡execrable armonía!

Todo beso presagia una nueva agonía...

Veo, veo flotar, huyendo el honor de las carnes,  
los millones amargos de las manes impotentes...  
No, isoplos! No, miradas, ternezas... mis comensales,  
pueblo sediento de mí suplicando que viváis,  
¡no, no tomaréis de mí la vida!... Id,  
espectros, suspiros en la noche en vano exhalados,  
¡id a unirlos a los muertos en sus números impalpables!  
No concederé la luz a las sombras,  
guardo lejos de vosotros el espíritu siniestro y claro...  
¡No! ¡No tomaréis de mis labios el relámpago!...  
Y además... mi corazón también os niega su trueno.  
¡Tengo piedad de todos nosotros, oh torbellinos de polvo!  
¡Grandes Dioses! ¡Pierdo en vosotros mis pasos desconcertados!  
No impetro ya sino tus débiles claridades,  
largo tiempo sobre mi rostro anhelante de deshacerse,  
lágrima muy inminente, y única en responderme,  
lágrima que haces temblar ante mis miradas humanas  
una variedad de fúnebres caminos;  
procedes del alma, orgullo del laberinto,  
me traes del corazón esa gota constreñida,  
esa distracción de mi zumo precioso  
que viene a sacrificar mis sombras sobre mis ojos,  
¡eterna libación del pensamiento oculto!  
De una gruta de temor en el fondo de mí excavada  
el sal misterioso rezuma en silencio el agua.

¿De dónde naces? ¿Qué trabajo siempre triste y nuevo  
te saca con retraso, lágrima, de la sombra amarga?  
Subes mis peldaños de mortal y de madre,  
y desgarrando tu camino, obstinada carga,  
en el tiempo que vivo, las lenturas que haces  
me ahogan... Callo, bebiendo tu marcha segura...  
— ¡Quién te llama al socorro de mi joven herida!  
¿Pero heridas, sollozos, oscuros ensayos, para qué?  
¿Para quién, joyas crueles, marcáis este cuerpo frío,  
ciego con los dedos abiertos evitando la esperanza?  
¿Adónde va, sin responder a su propia ignorancia,  
este cuerpo en la noche negra asombrado de su fe?  
Tierra turbia... y mezclada con el alga, llévame,  
llévame dulcemente... Mi debilidad de nieve,  
¿caminará tanto hasta que encuentre su trampa?  
¿Adónde arrastra, mi cisne, adónde busca su vuelo?  
... Dureza preciosa... ¡Oh, sentimiento del suelo,  
mi paso fundaba en ti la certeza sagrada!  
Pero bajo el pie vivo que la tantea y la crea  
y toca con horror su pacto natal,  
esta tierra tan firme alcanza mi pedestal.  
No lejos, entre esos pasos, sueña mi precipicio...  
La roca insensible, resbaladiza de algas, propicia  
a huir (como en sí mismo inefablemente solo),  
comienza... Y el viento parece a través de un sudario

urdiendo ruidos marinos en una trama confusa,  
mezcla de la ola en ruinas y del remo en el agua...  
Tantos hipos y estertores, por tanto tiempo,  
rotos, retomados en el mar abierto... y todas las suertes echadas  
desesperadamente diversas rodando el olvido voraz...  
¡Ay! de mis pies descalzos quien encuentre la huella  
¿cesará largamente de no pensar sino en sí mismo?  
¡Tierra turbia, y mezclada con el alga, llévame!  
¡YO misteriosa, y sin embargo, aún vives!  
Vas a reconocerte al despuntar la aurora  
amargamente la misma...  
Un espejo del mar  
se alza... Y sobre el labio, una sonrisa de ayer  
que anuncia con tedio el borrado de los signos,  
hiela ya en el oriente las pálidas líneas  
de luz y de piedra, y la prisión plena  
donde flotará el anillo del único horizonte...  
Mira: se ve un brazo muy puro que se desnuda.  
Te veo de nuevo, brazo mío... Llevas la aurora...  
¡Oh rudo  
despertar de una víctima inacabada... y umbral  
tan dulce... tan claro, que acaricia, rozando el escollo,  
la ola baja, y que lava una marejada amortiguada!...  
La sombra que me abandona, hostia imperecedera,  
me descubre bermeja a nuevos deseos,

sobre el terrible altar de todos mis recuerdos.  
Allí, la espuma se afana en hacerse visible;  
y allí, tambaleará sobre la barca sensible  
a cada oleada, un pescador eterno.  
Todo va pues a cumplir su acto solemne  
de reaparecer siempre incomparable y casto,  
y de restituir la tumba entusiasta  
al gracioso estado de la risa universal.  
¡Salud! Divinidades por la rosa y la sal,  
y los primeros juguetes de la joven luz,  
¡islas!... Colmenas pronto cuando la llama primera  
haga que vuestra roca, islas que predigo,  
sienta al sonrojarse paraísos poderosos;  
cimas que un fuego fecunda apenas intimidadas,  
bosques que zumbaréis de bestias y de ideas,  
de himnos de hombres colmados de los dones del éter justo,  
¡islas!, en el rumor de los cinturones de mar,  
madres vírgenes siempre, aun llevando estas marcas,  
me sois arrodilladas maravillosas Parcas:  
nada iguala en el aire las flores que colocáis,  
¡pero en la profundidad, qué helados están vuestros pies!  
Los aprestos del alma bajo la sien serena,  
mi muerte, niña secreta y ya tan formada,  
y vosotros, divinos hastíos que me dabais el impulso,  
castos alejamientos de los lustros de mi destino,

¿no fuisteis, fervor, sino una noble duración?

Ninguna jamás de los dioses más cerca aventurada

osó pintar en su frente su soplo arrebatador,

y de la noche perfecta implorando el espesor,

pretender con el labio al supremo murmullo.

Yo sostenía el resplandor de la muerte toda pura

tal como antaño había sostenido el sol...

Mi cuerpo desesperado tendía el torso desnudo

donde el alma, ebria de sí, de silencio y de gloria,

presta a desvanecerse en su propia memoria,

escucha, con esperanza, golpear en el muro piadoso

ese corazón — que se arruina a golpes misteriosos

hasta no conservarse sino de su propia complacencia

un fino estremecimiento de hoja, mi presencia...

Espera vana, y vana... No puede morir

quien llora ante su espejo para enternecerse.

Oh, ¿no habría sido necesario, loca, que consumara

mi maravilloso fin de elegir por suplicio

ese lúcido desdén de los matices del destino?

¿Encontrarás jamás una muerte más transparente

ni una pendiente más pura donde me arrastro a mi pérdida

que en esa larga mirada de víctima entreabierta,

pálida, que se resigna y sangra sin pesar?

¿Qué le importa toda la sangre que ya no es su secreto?

¡En qué blanca paz la deja ese púrpura,

en el extremo del ser y hermosa de debilidad!  
Calma el tiempo que viene a abolirla,  
el momento soberano ya no puede palidecer la,  
tanto besa la carne vacía una oscura fuente!  
Ella se hace siempre más sola y más distante...  
Y yo, con tal destino, el corazón siempre más cerca,  
mi cortejo, en espíritu, se mecía de cipreses...  
Hacia un aromático porvenir de humo,  
me sentía conducida, ofrecida y consumida;  
toda, toda prometida a las nubes felices!  
Incluso, me aparecí ese árbol vaporoso  
cuya majestad levemente perdida  
se abandona al amor de toda la extensión.  
El ser inmenso me gana, y de mi corazón divino  
el incienso que arde expira una forma sin fin...  
¡Todos los cuerpos radiantes tiemblan en mi esencia!...  
¡No, no!... ¡No irrites más ese recuerdo!  
¡Sombrío lirio! Tenebrosa alusión de los cielos,  
tu vigor no pudo romper un vaso precioso...  
Entre todos los instantes tocabas al supremo...  
— Pero ¿quién lo aventajaría a la potencia misma,  
ávida por tus ojos de contemplar el día  
que se eligió tu frente por luminosa torre?  
Busca, al menos, di, ¿por qué sorda consecuencia  
la noche, desde entre los muertos, al día te ha reconducido?

Recuérdate a ti misma, y arrebatada al instinto  
ese hilo (tu dedo dorado lo disputa a la mañana),  
ese hilo cuya finura seguida a ciegas  
hasta esta orilla ha devuelto tu vida...  
Sé sutil... cruel... ¡o más sutil!... ¡Miente!...  
Pero ¡sabes!... Enséñame por qué encantamientos,  
cobarde que no supo huir de su tibia bruma,  
ni el afán de un pecho de arcilla perfumada,  
por qué retorno sobre ti misma, réptil, has recobrado  
tus perfumes de caverna y tus tristes espíritus apagados?  
Ayer la carne profunda, ayer, la carne dueña  
me traicionó... ¡Oh, sin sueño, y sin una caricia!...  
Ningún demonio, ningún perfume me ofreció el peligro  
de imaginarios brazos muriendo en el cuello viril;  
ni, por el Cisne-Dios, de plumas ofendida  
su ardiente blancura rozó mi pensamiento...  
¡Habría conocido, sin embargo, el más tierno de los nidos!  
Pues toda a favor de mis miembros unidos,  
virgen, fui en la sombra una adorable ofrenda...  
Pero el sueño se prendió de una dulzura tan honda,  
y anudada a mí misma en el hueco de mi cabellera,  
perdí blandamente mi imperio sobre la fuerza nerviosa.  
En medio de mis brazos, me hice otra...  
¿Quién se enajena?... ¿Quién vuela?... ¿Quién se revuelca?...  
¿En qué recodo escondido se fundió mi corazón?

¿Qué caracola ha repetido el nombre que he perdido?  
¿Lo sé, qué reflujo traidor me retiró  
de mi extremidad pura y prematura,  
y me devolvió el sentido de mi vasto suspiro?  
Como el pájaro se posa, hubo que adormilarme.  
Fue quizás la hora en que la adivina  
interior se desgasta y pierde el interés:  
ya no es la misma... Una niña profunda  
de peldaños desconocidos se defiende en vano,  
y reclama a lo lejos sus manos abandonadas.  
Hay que ceder a los deseos de las muertas coronadas  
y tomar por rostro un soplo...  
Suavemente, heme aquí: mi frente toca ese consentimiento...  
A este cuerpo le perdono, y me abandono a la ceniza,  
me entrego entera a la dicha de descender,  
abierta a los negros testigos, los brazos supliciados,  
entre palabras sin fin, sin mí, balbuceadas.  
Duerme, mi sabiduría, duerme. Fórmate esa ausencia;  
vuelve al germen y a la sombría inocencia,  
abandónate viva a las serpientes, a los tesoros.  
¡Duerme siempre! ¡Desciende, duerme siempre! ¡Desciende,  
duerme, duerme!

\*(La puerta baja es un anillo... por donde la gasa\*

\*pasa... Todo muere, todo ríe en la garganta que parlotea...\*

\*El pájaro bebe en tu boca y no puedes verlo...\*

\*Ven más abajo, habla bajo... Lo negro no es tan negro...)\*

Deliciosos sudarios, mi desorden tibio,  
lecho donde me expando, me interrogo y me cedo,  
donde fui a ahogar los latidos de mi corazón,  
casi tumba viva en mis habitaciones,  
que respira, y sobre quien la eternidad se escucha,  
lugar lleno de mí que me habéis tomado toda,  
oh forma de mi forma y el calor hueco  
que mis retornos sobre mí reconocían como suyo,  
ved que tanto orgullo hundiéndose en vuestros pliegues  
al fin se mezcla a las bajezas del sueño.  
En vuestras sábanas, donde lisa imitaba su muerte,  
el ídolo a su pesar se dispone y se adormece,  
mujer exhausta y absoluta, con los ojos en sus lágrimas,  
cuando, de sus secretos desnudos los antros y los hechizos,  
y este resto de amor que el cuerpo se reservaba,  
corrompieron su perdición y sus acuerdos mortales.  
Arca toda secreta, y sin embargo tan próxima,  
mis transportes, esta noche, pensaban romper tu cadena;  
no hice sino mecer con lamentaciones  
tus flancos cargados de día y de creaciones.  
¡Qué! Mis ojos fríamente que tanto azul extravía  
miran allí perecer la estrella fina y rara,  
y ese joven sol de mis asombros  
me parece iluminar los tormentos de una abuela,  
tanto su llama a los remordimientos arrebató su existencia,

y compone de aurora una querida sustancia  
que ya se formaba sustancia de una tumba...  
¡Oh, sobre todo el mar, sobre mis pies, qué hermoso es!  
¡Vienes!... Soy siempre la que respiras,  
mi velo evaporado huye hacia tus imperios...  
... Entonces, ¿no he formado, si vivo, vanos adioses,  
sino sueños?... Si vengo, en vestiduras arrebatadas,  
a esta orilla, sin horror, a aspirar la espuma alta,  
a beber con los ojos la inmensa y risueña amargura,  
a ser contra el viento, en lo más vivo del aire,  
recibiendo en el rostro una llamada del mar;  
si el alma intensa sopla, y hincha furibunda  
la ola abrupta sobre la ola abatida, y si la ola  
trueno en el cabo, inmolando un monstruo de candor,  
y viene de los altos mares a vomitar la profundidad  
sobre esta roca, de donde brota hasta mis pensamientos  
un deslumbramiento de chispas heladas,  
y sobre toda mi piel que muerda el áspero despertar,  
entonces, a pesar de mí misma, hay que hacerlo, oh Sol,  
que adore mi corazón donde vienes a conocerte,  
dulce y poderoso retorno del deleite de nacer,  
¡fuego hacia quien se eleva una virgen de sangre  
bajo las especies de oro de un seno reconocido!

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**